

## ÍNDICE

MERCEDES.....	2
LEGADO.....	3
CADA DÍA.....	4
PROPUESTAS A DECLARAR.....	5
EL MEJOR REFERENTE.....	6
EL PESO DE LAS LLAVES.....	7
EL DÍA EN QUE APRENDIMOS A NO CALLAR.....	8
VOLUNTAD DE HORIZONTE.....	9
EL SABOR DE LA LUCHA.....	10
LAS AMIGAS NOS SALVAN.....	11
EL HOTEL DE LOS HORRORES.....	12
EN EL LAVADERO.....	13
NI AQUÍ NI ALLÍ.....	14
EXPERTAS EN CUBRIR VACÍOS.....	15
AMASANDO EL PAN.....	16
CARTA PARA MAMÁ.....	17
HERENCIA DE MIEDO.....	18
EL ANTIGUO DIARIO QUE VIAJÓ EN EL TIEMPO.....	19
AROMA DE RECUERDOS.....	20
ESTOS SON OTROS TIEMPOS.....	21
MATANDO MAÑANAS DE HORAS MUERTAS Y ETERNAS.....	22
SOY LIBRE POR SOÑAR.....	23
8 MARZO, UN DÍA QUE SE REPITE.....	24
EL RELOJ DE LA CORREA MORADA.....	25
CALENDARIO.....	26
LO QUE ESCONDE UN SIMPLE BANCO.....	27
VALORES.....	28
YA NO ME GUSTABA TRABAJAR AHÍ.....	29
LAS MUJERES QUE SE QUIEREN.....	30
EL CUMPLEAÑOS DE PAULA.....	31
DESPUÉS DEL SILENCIO.....	32

## **MERCEDES**

Alba M.<sup>a</sup> Alcívar Romero

### **Primer premio**

Se llama Mercedes, pero en casa la llamamos “mamá”. Se llama Mercedes, pero en casa perdió su nombre, a pesar de que, paradójicamente, la llamamos para todo.

Y quizá por eso mi madre no es Mercedes, sino un espejo partido en seis reflejos que la nombran; seis latidos que, acompasados con el suyo, transformaron su vida en un concierto que le obligó a bajar su volumen hasta casi no escucharse. Durante los mismos años que yo llevo respirando, el oficio de mi madre ha sido sostener nuestro mundo sin que el mundo lo note: dar el pecho de madrugada y en cualquier lugar, celebrar cumpleaños y recordar exámenes, cocinar con una mano y abrazar con la otra. Un trabajo dentro y fuera de casa, con las horas extra del alma sin remunerar.

Y, sin embargo, mi madre sí es Mercedes. Ella es la merced que el diccionario muy bien define, “dádiva o presente que se entrega voluntariamente”. Un regalo que no llega envuelto en lazo ni se anuncia, pero que sí madruga, que espera despierto, que aprende a soportar y aguantar mientras llora en silencio.

Porque seis partos y una vida volcada hacia afuera dejan huella. La piel aprende el mapa del cansancio y sus pies recorren un camino de renuncia en el que, sin que nadie lo agradeciera, dejó de ser ella para ser todo lo demás. Dejó de ser Mercedes para ser “mamá”.

Hoy no quiero romantizar el sacrificio. Quiero mirarlo de frente. Quiero gritar que mi madre interrumpió su vida para multiplicarse por nosotros y que en esa suma infinita quedó algo de ella suspendido en el tiempo, esperando volver.

Porque hay nombres que no deberían perderse nunca. Y el suyo, antes que “mamá”, es Mercedes.

## LEGADO

Josefina Solano Maldonado  
**Segundo premio**

Guadalajara, 18 de septiembre de 1936

Querida hija:

Te escribo desde la prisión donde me han encerrado después de raparme los cabellos y darme el ricino. Hace dos meses que estamos en guerra. Me acusan de ser una maestra de dudosa moral, que ha envenenado las almas de los niños alejándolos del crucifijo y la fe. Nunca he creído en un Dios que castiga, y separa; sino en uno que está en todo lo que respira y crece.

No saldré viva de aquí. Me fusilarán al alba. Mi cuerpo terminará en cualquier fosa junto a otras mujeres que también perderán su memoria y su nombre. Tal vez algún día te cuenten que fui mala. No les creas. Ser mujer y tener pensamiento propio no es un delito, aunque así lo llamen, y quieran a toda costa que nos sometamos a los varones.

Algún día caminarás por un mundo donde pese más el corazón que el odio. Cuando me pienses, esa niña que eres ahora saldrá de ti, y se iniciará de súbito una lucha inevitable: el ser contra el olvido, el ayer frente al ahora.

Prolóngame en tu voz cuando quieran callarte. No vivas a la sombra de ningún varón ni te sometas a su voluntad por mandato de una ley que no es de Dios sino de otro hombre. Embriágate de mar y hierba, de todo lo que eres y que yo también soy y seré por siempre. Me verás cuando a tu alrededor contemples la vida de esas hojillas tiernas, que romperá la tierra bajo la que he de yacer. Porque eso es todo lo que te enseñé, todo lo que te dejo, todo lo que espero de ti: continuar esta historia nuestra de mujeres al fin libres.

Te quiero, pequeña mía.

## **CADA DÍA**

Jesús Alonso  
**Tercer premio**

Cada día la misma rutina. Temprano iba a por leña, encendía la lumbre y “apañaba” los animales. Preparaba el desayuno y bajaba a la fuente a por el cántaro de agua con el barreño lleno de ropa a la cintura. A la vuelta, recogía la casa, barría, doblaba la colada y hacía la comida. Por las tardes lo mismo. Fregaba los cacharros, recogía los animales, preparaba la cena y prontito, antes de que dieran las 10 en el reloj de la plaza, a la cama. Dos oraciones y hasta mañana.

Bueno, la misma rutina cada día no, los domingos por la tarde, se los reservaba para ella. Había baile en la plaza.

Los domingos después de comer se hacía una trenza bien apretada, se ponía un poco de colonia y salía a bailar.

Y entonces daba vueltas y más vueltas con la esperanza de levantar un remolino tan grande que se llevase para siempre la lumbre y los cántaros, la escoba y las gallinas y sobre todo, que se llevase muy lejos a su padre, a sus hermanos, a su marido y a las dos oraciones de todas las noches.

Mi abuela era libre bailando.

## PROPUESTAS A DECLARAR

Isabel García Viñao  
**Mención Especial**

Nosotras a instancias de lo que nos dictan nuestros cinco sentidos, (a veces, seis), que somos fragancia y luz en los caminos, pétalos de rosas de colores variopintos, ante vosotros, los presentes, muchos de los perceptores, hombres, que estáis dispuestos a escuchar esta exaltación a la mujer por su valía:

DECLARAMOS:

**Bajo** ningún pretexto debemos obviar los cometidos de la mujer día tras día. **Cabe** decir, que somos luz de estrella, nunca pabilo apagado de vela humeante, con metas significativas, algunas **con** barreras delante o con muros altos y resbaladizos. **Contra** vientos en mixtura lidiamos para salir airosas, ante vientos broncos que ofrecen resistencia. **De** la historia, muchas mujeres han quedado en el lamentable anonimato, ensombrecidas **desde** muchos puntos, en lugares sombríos, abocadas **hacia** grietas abiertas, en diques naufragantes y escondidos. ¿**Hasta** cuándo? Pensemos, ¿hasta cuándo? ¿Hasta cuándo se continuará con estas brechas? **Para** qué seguir recogiendo crisantemos muertos, ¿**por** qué preexisten todavía algunas desigualdades en esferas en las que debemos ser iguales? **Según** nuestro Creador, si el alma no tiene género, durante cuánto tiempo más germinara esta semilla, **sobre** tierras trasnochadas que son eriales, sin conseguir una igualdad reluciente por ecuánime.

Alejemos la idea de “hombres **contra** mujeres”. Las mujeres hemos viajado desde antiguamente en demasiados vagones, **vía** terrenos que no llevaban a ninguna parte.

Nosotras, con esta declaración, **ante** vosotros, **bajo** ningún concepto, y contra todo pronóstico, no seremos **desde** ahora y **hasta** el final de los tiempos, menoscabadas en ninguna esfera de la vida. Repetimos: No seremos nunca ni deterioradas, ni quebrantadas en ninguna esfera de la vida.

## EL MEJOR REFERENTE

Eduardo Rodrigo Medina

Llegué más tarde de lo habitual a casa porque un señor trajeado y engominado, con una horrible corbata naranja fluorescente, pensó que la hora de cierre no iba con él y entró a comprar ‘productos básicos’: una caja de bombones y una botella de cava, supongo que como regalo de cumpleaños de última hora para alguna persona importante en su vida...

En el angosto apartamento me esperaba paciente ella, que terminaba sus tareas escolares. A pesar de todas las dificultades, su aún exiguo expediente académico era formidable. Por eso, el curso pasado, como recompensa, recibió aquel balón de fútbol que tanto anhelaba, uno de los pocos lujos que pudimos permitirnos.

Tuve tiempo de hacer algo para cenar antes de que acabara la final del Mundial de fútbol femenino. Cuando me disponía a fregar los cacharros, justo antes de revisar su cuaderno, sus gritos entusiasmados me devolvieron al astroso sofá. “Corre, mamá, ¡que ganamos!”, chilló feliz, mientras jugueteaba con el balón ya desgastado entre sus piernas todavía amorfas y sus pies revoltosos e inquietos. Y así fue: “¡Campeonas del Mundo!”, bramaban en el pequeño y arcaico televisor.

“De mayor, querrás ser como ellas, ¿verdad, cielo?”, le pregunté casi de manera metafórica. “De mayor quiero ser como tú, mami”, dijo con una mirada serena, mientras en la pantalla se disparaba el confeti y atronaba el ‘We are the Champions’. Nos fundimos en un abrazo y asomaron dos lágrimas en mis ojos. Una de emoción y otra de orgullo.

## EL PESO DE LAS LLAVES

Leticia Toledo Domínguez

Desde niña, mi libertad tuvo un horario de vuelta más corto que el de mi hermano. Crecí asumiendo que el miedo era parte del camino; a él podrían robarle, pero nunca la integridad. Él no tuvo que descifrar "piropos" no deseados ni recibir consejos no pedidos sobre cómo vestir para no llamar la atención. A él nunca le pesaron las llaves en el puño ni le temblaron las manos al llegar al portal.

Creí confundiendo el amor con la advertencia, pero el amor no es un "ten cuidado". De verdad que no lo es. El amor es el calor de la chimenea que aquieta el mundo y esa rutina que protege sin asfixiar. Sin embargo, en pleno 2026, la realidad del aula sigue siendo un reto que pone todas las alarmas a funcionar. Es desolador escuchar que nuestros derechos son "excesivos" o ver cómo el odio se disfraza de opinión. Pero como educadora y docente, no me canso: cada alumna que decide no callar es una victoria contra ese miedo que aún intenta frenar nuestro potencial.

Seguimos luchando, apoyándonos en la patria de las amigas y en la fuerza de las madres que sostienen el mundo. Quizá no sepa cuánto queda de batalla, pero sigo adelante por la abuela que no pudo elegir, por la niña que fui y por la alumna que hoy busca su propia voz. Lo hago por esa sororidad que es una red invisible de apoyo que nos sostiene y que nos permite, al fin, soltar el peso de las llaves, relajar el paso y caminar seguras por nuestro propio camino.

## EL DÍA EN QUE APRENDIMOS A NO CALLAR

Adriana Sanz Calvo

Durante años, el silencio fue una herencia. No se enseñaba con palabras, sino con gestos: bajar la mirada, aceptar turnos imposibles, agradecer lo mínimo. En la fábrica, las mujeres sostenían el ritmo del mundo sin aparecer en los balances ni en las decisiones.

Eva había aprendido pronto. Trabajar más, cobrar menos. Escuchar explicaciones que no explicaban nada. Sonreír para no parecer conflictiva. Así sobrevivían todas, convencidas de que el límite era natural, inamovible.

El 8 de marzo, sin embargo, algo se quebró.

Las máquinas no arrancaron. El silencio dejó de ser obediente y se volvió incómodo. En ese espacio nuevo, las voces comenzaron a salir una a una. No como gritos, sino como verdades acumuladas. Sueldos desiguales. Ascensos vetados. Jornadas dobles que nadie contaba. Cada palabra quitaba peso a los hombros de quien la decía y lo repartía, por fin, entre todas.

Salieron a la calle juntas. No para pedir permiso, sino para ocupar un lugar negado durante demasiado tiempo. Las pancartas no suplicaban: afirmaban. Igualdad no es un privilegio, decía una. Eva sostuvo la suya con manos firmes, consciente de que aquel gesto sencillo rompía años de aprendizaje.

Hubo burlas, miradas de desprecio, amenazas disfrazadas de consejos. Pero también hubo apoyos, silencios que escuchaban, nuevas certezas. Porque la lucha por los derechos de las mujeres no excluye: corrige una injusticia histórica.

Al final del día, nada parecía haber cambiado. La fábrica seguía allí. Las normas también. Pero Eva lo supo: el silencio ya no volvería a obedecer. Y cuando una mujer deja de callar, el mundo empieza a deberle respuestas. Desde entonces, cada paso dado recuerda que la igualdad no se concede: se construye juntas, día a día, hasta que la justicia se convierta en realidad para todas.

## VOLUNTAD DE HORIZONTE

Fátima Chamorro Merino

Conduce con las manos aferradas al volante, el pelo suelto sobre los hombros y un par de botones desabrochados que muestran su piel, morena y tersa en el escote.

Temblaba como si estuviera cometiendo un crimen minutos atrás, cuando se sacó por la cabeza aquella ropa asfixiante y sombría que ocultaba su identidad al mundo; cuando deshizo el moño que sujetaba su cabello y se abrió el cuello de la blusa a la luz del sol... Ahora ha conseguido serenarse un poco, ha obligado a sus manos a mantenerse firmes, aunque le preocupa lo abrupto del camino por el que ha decidido internarse con el todoterreno. No tiene experiencia en el manejo del vehículo, tan solo algún conocimiento teórico... Y siente un miedo infinito ante lo que está haciendo. Pero le asusta aún más lo que deja a sus espaldas: el sometimiento, la incomunicación, el abuso...

En el asiento de atrás queda —como un ropaje hueco y arrugado— la ignominia del burka, la franja de realidad que lleva contemplando desde hace tanto tiempo por su hendidura. Ahora el horizonte se despliega ante sus ojos y se ensancha sin más límites que los que alcanza su vista... No se arrepiente de haber cogido el coche de su marido: está decidida a escapar de la servidumbre de un matrimonio que se pactó cuando tenía doce años y que la hace profundamente desgraciada desde entonces. Era solo una niña el día en que su familia la prometió, y también la noche en que fue forzada por el hombre que se había convertido en su esposo.

Abre las ventanillas para que el aire la limpie de afrentas, para que borre las huellas del tiempo prisionero. Laila se siente por fin libre. Y esa imagen de sí misma la liberará también después; le permitirá mirar de frente a sus verdugos mientras una lágrima le baila en los ojos. Mientras escucha el silbido de la primera piedra que dirigen contra ella.

## EL SABOR DE LA LUCHA

Coral Sanz Muñoz

Desde pequeña, María tenía claro su sueño: quería ser chef. No una chef cualquiera, sino una capaz de dirigir una cocina de alta gama y crear platos que contaran historias. Su película favorita siempre había sido Ratatouille. Al ver a Colette, imaginaba estar en su lugar: firme, exigente y dueña de su espacio. Las palabras de aquel personaje se grabaron en su memoria como un mantra sobre la desigualdad en la alta cocina y la necesidad de luchar el doble para hacerse un hueco.

Ese pensamiento la acompañaba cada día en el restaurante donde trabajaba, un entorno dominado por hombres en el que su presencia parecía una rareza. María había estudiado, se había sacrificado y había esperado durante años una oportunidad. Aun así, los comentarios machistas seguían siendo habituales. El chef principal, Raúl, la miraba con condescendencia y una vez llegó a decirle que dirigir una cocina requería fuerza, no sensibilidad. Otros compañeros cuestionaban su talento o su carácter, como si ser mujer fuera una desventaja inevitable.

Hubo días en los que dudó. El cansancio y la presión pesaban, pero nunca se permitió rendirse. Recordaba a Colette, recordaba su sueño y se repetía que nadie podía decidir por ella hasta dónde podía llegar. Aquella determinación se puso a prueba una noche especialmente complicada. El restaurante estaba lleno, los pedidos se acumulaban y el ambiente se volvía tenso. María sintió que ese era el momento de demostrar quién era.

El plato estrella del servicio era un filete de cordero con una salsa creada por ella misma, fruto de años de aprendizaje y experiencias. Mientras la cocina parecía desbordarse, María se movía con calma, organizando, corrigiendo y guiando. Raúl la observaba en silencio, sorprendido por su seguridad. Sin embargo, el verdadero reto llegó cuando la salsa se cortó. Un fallo así podía arruinar el servicio y reforzar todas las dudas que otros tenían sobre ella.

María respiró hondo. En lugar de entrar en pánico, decidió actuar. Ajustó la receta, añadió un toque personal aprendido en uno de sus viajes y transformó el error en una oportunidad. Cuando el plato estuvo listo, supo que no era solo comida, sino una declaración de intenciones. Al probarlo, Raúl no pudo ocultar su expresión de respeto y reconoció que estaba perfecto.

Ese reconocimiento fue suficiente. María comprendió que su lucha no había terminado, pero también que cada plato era una victoria. Sabía que nunca permitiría que normas antiguas escritas por otros definieran su lugar. Su sueño seguía vivo, y ella estaba dispuesta a convertirlo en inspiración para muchas más mujeres.

Aquel día marcó un antes y un después. Sus compañeros comenzaron a mirarla de otra manera y María, por primera vez, se sintió visible. Entendió que liderar también era resistir, abrir caminos y no pedir permiso. Con cada servicio, reafirmaba su voz y su talento. La cocina seguía siendo dura, pero ya no estaba dispuesta a esconderse. Su lucha tenía sabor a futuro, esfuerzo y dignidad. Y a orgullo propio constante.

## LAS AMIGAS NOS SALVAN

Melania M.<sup>a</sup> Ramos Manzano

A sus quince años, Nuria tenía cierta idea de que existía el maltrato a las mujeres. Lo que nunca le habían contado, como a tantas otras, es que el amor romántico es una trampa. Y no supo ver las señales.

Al principio, él se mostraba encantador. Se sentía tan afortunada... Hasta que un simple “Hoy prefiero quedar con mis amigas” desató su auténtico ser.

Fue gradual. Celos, castigos con silencio y miradas de hielo. Luego llegaron los gritos e insultos crueles para, minutos después, disculparse entre lágrimas, decirle que la amaba y que si reaccionaba así era porque “no se portaba bien” con él.

Su culpa. Siempre su culpa.

Comenzó a creerlo. Sus notas cayeron, su sonrisa se apagó y el mundo se redujo cada vez más.

Un día, se encontró con Clara. Llevaban mucho sin coincidir, desde el día en que él la obligó a romper con su grupo de amistades. La miró con temor y permaneció en silencio, esperando reproches. Sin embargo, su amiga se expresó con preocupación y afecto.

— Nuria, no vengo a presionarte, solo quiero que sepas... que me importas. Estoy aquí, y cuando quieras pedir ayuda, seguiré estando. Esto no es culpa tuya.

Aquellas palabras sembraron algo poderoso en su interior. Al principio sonaban con el timbre de Clara. Sin embargo, poco a poco, otra voz desconocida fue abriéndose paso, acallando la de él, que durante tanto tiempo había dominado su mente.

“Esto no es normal. No lo dejes pasar más. No estás sola”.

Esa voz...

Entonces, Nuria comprendió algo. Era la suya. Llevaba tanto tiempo sin escucharla que la había olvidado por completo.

Una llamada. Era él. Esta vez, se atrevió a dejar que sonara, pero escribió un mensaje.

“¿Sigues ahí?”

La respuesta de Clara llegó casi al instante.

“Siempre”.

## EL HOTEL DE LOS HORRORES

David Castro Barreiro

Mamá era camarera de piso sin contrato. Trabajaba en el hotel de los horrores. Su hija lo había bautizado así porque le privaba de estar con su madre todas las tardes. Se quedaba en casas de otros o haciendo actividades que nada le gustaban en vez de jugar con Mamá.

Un día se suspendió la clase de inglés y Mamá se vio entre la espada y la pared; o no iba a trabajar y sería despedida, o dejaba sola a su hijita en casa. Pero la pequeña encontró la solución:

-Mamá llévame contigo al hotel de los horrores, iré debajo de tu abrigo y nadie me verá.

-Hija no puedo, pero tampoco puedo dejarte en casa sola...

-Prometo no molestar. Y estando juntas todo pasará más rápido y no volverás tan triste y cansada.

-No queda otra.

-¡Yupi! Ojalá no haya inglés nunca más.

Entraron agazapadas por el callejón. Nadie las vio. Mamá tenía cincuenta asquerosas habitaciones por delante a cambio de un sueldo de miseria.

Pese a que la niña amenizaba la tarea de cada estancia con un juego distinto, al entrar en la habitación veintitrés notó que Mamá tocaba fondo mientras limpiaba el vómito de unos turistas.

-Sígueme- Gritó mientras abría el armario.

Mamá se asomó extrañada y la niña la cogió de la mano. Entraron en un mundo paralelo en el que vivieron aventuras con hadas, sirenas y elfos.

Para cuando salieron el trabajo estaba hecho y madre e hija habían disfrutado de una tarde que jamás olvidarían.

Esa niña creció y se convirtió en activista. Gracias al ejemplo de Mamá y otras mujeres lucha porque todas podamos vivir en una sociedad más justa. Ahora sabe que los mundos de hadas, sirenas y elfos no existen. Pero sí que el nuestro puede ser mucho más igualitario.

## EN EL LAVADERO

Laura Romera Vega

La mujer lava la ropa. Lava la ropa como si al hacerlo se limpiara el alma.

Sus manos, antes jóvenes, se deslizan entre las prendas. Las agarra fuerte, como si su vida dependiera de ellas. Esas vestimentas gastadas por el uso, son el álbum de sus recuerdos, pasajes y de su supervivencia.

Los mechones de su pelo se escapan, libres y salvajes, recordando momentos de juventud. Esa libertad la envuelve, es lo único que hace que su corazón siga latiendo; eso y la esperanza de encontrarse con su hijo, que marchó cuando la violencia se alzaba en las noches después de la reunión de amigos.

Se mira el rostro en el espejo acuático donde sumerge la ropa y disuelve su vida.

Se toca la cara con las manos mojadas. ¿Soy yo o ese es el reflejo de otra mujer viviendo esta vida ajada? La pregunta la deja sin respuesta.

¿Cuántas veces, en ese mismo lugar, se ha dicho que no continuaría así? Muchas. Y al introducir la ropa en la banasta e iniciar los pasos, no sabe a dónde ir. No tiene nada, ni a nadie que no sea él.

El poder no está en la palabra gritada ni en la bofetada rabiosa, no. El poder está en la falta de derechos y en la opresión femenina, sí.

Y es cuando se contempla tal paloma blanca, volando a un lugar seguro. Sintiéndose. Yergue el cuerpo, sube el mentón y eleva la mirada.

La sonrisa se dibuja en su cara, su rostro de anciana brilla y de sus ojos brotan tres lágrimas: una por la suerte de su hijo, otra por la vida que le hubiera gustado tener y la última, por el nuevo horizonte por construir para todas las mujeres que, como ella, han querido ser y no han podido.

# NI AQUÍ NI ALLÍ

Ángela Cortés Rojo

Quiero hablar, sí, hablar como el resto. Aquí puedo, ¿no?

Aquí sí, pero allí no.

Hablar puedo, mas calladita estoy más guapa. La cultura del silencio.

Alguien me dijo que aquí puedo, mas allí de donde vengo no debo. No lo entiendo.

El color del ambiente es diferente. Me siento segura, aunque no del todo; una siempre duda. Las voces prejuiciosas de mi cabeza me alertan allá donde vaya.

Mientras, se les llena la boca a aquellos, obtusos, de aversión en contra de sus semejantes. Hablando de derechos, dicen que unas tienen más que otros, mas socialmente ya nos gustaría.

Solo son habladurías, mas la realidad es totalmente ajena a sus alternancias.

Recuerdo una vez que hablé y nadie me creyó, me silenciaron y me tildaron de exagerada.

Me gustaría la exterminación de la cosificación sexual máxima, ¿posible sería? La abolición de la discriminación en cualquier ámbito, tanto social como laboral o político, ¿qué dicen que ya no hay? La supresión de la carga desproporcionada del trabajo doméstico no remunerado, ¿es instintivo? ¿Nacimos para esto? Por no hablar de la violencia, de la violación e incluso de la muerte, ¿esto es negociable?.

Sandeces todo. Sostienen que esto es una falacia. Vivimos como reinas, ¿no? ¿Mi corona dónde está? Ha de ser de cristal y no la aprecio, o de papel y el viento se la llevó.

Esto es lo que hay aquí. Allí impensable siquiera vivir sin el miedo encarnado en el cuerpo. Cuerpo tapado, por si acaso, claro. No salgas de casa... bueno, acompañada puedes, creo. Tutelada siempre por un hombre, como si de objeto se tratase.

Existes para ser madre y mujer de un hombre. Aunque quieras solo ser mujer. Solo ser mujer, fíjate lo simple que es.

Ni aquí ni allí parece.

## EXPERTAS EN CUBRIR VACÍOS

María Ibarra López

No se me da bien. Aprendí porque hacía falta. Si no se hace, pesa. Si pesa demasiado tiempo, acaba llevando tu nombre.

Organizar, prever y sostener se volvió costumbre, heredada, aunque a veces no merezca la pena cargarla. Mi valor empezó a medirse en eficacia, en resistencia; en llegar a todo sin hacer mucho ruido y llamar a eso madurez.

Aprendí a apagar los pensamientos, entrar al escenario y encender la sonrisa neutral. Pero, una vez en camerinos, ya fuera del disfraz, el cuerpo no puede más y el rostro devuelve la verdad.

La autoexigencia creció: ¿cuánto me puedo permitir fallar sin que mi alrededor se derrumbe? De ese miedo, la fortaleza se convirtió en una condición.

Mi valor no debe depender de lo bien que me apaño cubriendo el vacío de quienes eligen no estar, sino de quien soy yo cuando no estoy resolviendo la vida a los demás.

## **AMASANDO EL PAN**

Mercedes Romero Peña

Siempre recuerdo a mi abuela amasando el pan. Hacía pocos meses leí La tía Tula. Pensé que, a pesar de ser cortita, me iba a resultar un tostón. Para mi sorpresa, me la leí en un suspiro y, la verdad, no me desagradó.

Cuando el profesor explicó el trasfondo, me quedé sorprendida al escuchar aquella palabra que ahora resuena en mis oídos: “sororato”. Tula se negó a casarse con Ramiro, su cuñado, aunque no renunció jamás a cuidar de sus sobrinos. Fue una mujer fuerte y se negó a seguir los designios de la época en la que le había tocado vivir.

No tuvo la misma suerte mi abuela. A mi tía-abuela la atropelló el tren. El día en que falleció, mi abuela tuvo claro el papel que tendría que desempeñar. No llegaba a los 18 y nunca llegó a leer la página 137 de un libro. Fue una valiente, siempre amasando el pan, plantando lechugas y tomates, criando conejos; cargando con cinco niños que nunca la llamaron “mamá”, con once más que se criaban entre ellos entre el barro del corral y el trigo de la era, que tampoco comprendían porque a su madre la llamaban “tía”.

El valor de mi abuela, el valor de la mujer, siempre estará presente en nuestras vidas. Bravo por todas las mujeres que dan lo mejor de sí a los demás, que siempre cuidan, acogen y aman.

## **CARTA PARA MAMÁ**

Ariadna González Pescador

Mamá, hace años que me he perdido.

Me siento sola, con miedo.

No hay heridas, no hace falta que las haya. Las que más duelen son aquellas que nadie ve, pero que tú sientes como si pudiera ser el fin de tu vida.

Mamá, me pintó la vida de rosa. No veía oscuridad; estaba en él. Quizá no fuera normal aquello que yo veía lo más común del mundo: todas esas humillaciones, todos aquellos gritos.

Pero mamá, le quería. Más que a nadie. Pensé que el amor podría con todo, que dado un tiempo él podría cambiar. Esperé, hice cada cosa que estuvo en mi mano para hacerle feliz, pero nunca fue suficiente.

Sabes que mi sueño siempre fue formar la familia feliz de la que siempre hablaba de niña, pero ahora esa familia es mi pesadilla. Veo a mis hijos cada vez con más miedo. Mamá, ellos no se lo merecen, puede que yo sí. Es lo que me ha hecho llegar a pensar.

Mamá, es él quien me ha destruido, haciéndome pensar que era amor lo que él llamaba como tal. Mamá, tengo miedo. No sé cómo salir, no sé qué hacer. Por eso te escribo.

## HERENCIA DE MIEDO

Silvia Muñoz Fernández

Mi madre me enseñó a no molestar en esta vida. Me decía cómo debía sentarme. Recta. Bajar la voz, incluso a pedir perdón cuando no había hecho nada. La vida así de simple me dolería menos. No era cierto...me dolía igual, solo que en silencio. Eso sí.

Crecí viéndola cansada. Trabajaba mucho y doble, en casa y fuera y, aun así, parecía la pobre deberle algo al mundo. Recuerdo que cuando hablaba de justicia, le decían que exageraba. Ella se sonrojaba y acto seguido callaba. Cuando pedía respeto, le decían: paciencia.

Parece ser que la paciencia era dirigida siempre a nosotras, las mujeres.

Aprendí pronto y rápido que el miedo también se hereda. Está en los gestos, en la forma de caminar de noche, en las respuestas contenidas, en el currículum sin foto, en la risa forzada ante un comentario incómodo. Nadie nos enseñó a gritar. La sociedad nos entrenaron para aguantar.

El día que alzamos la voz nos llamaron histéricas, feministas, exageradas.

No pedimos nada extravagante. Pedimos que el silencio deje de ser educación y el aguantar, deje de ser virtud, pedimos no tener que demostrar el doble, cobrar menos o volver a casa con miedo.

Pedimos no morir por ser mujeres.

La lucha no es un lema, ni una fecha conmemorativa. Es desgaste, es rabia contenida, es seguir incluso cuando no hay aplausos, porque si dejamos de hablar, nadie nos escuchará y, si volvemos a callar, el mundo seguirá exactamente igual. Herencia de miedo.

## EL ANTIGUO DIARIO QUE VIAJÓ EN EL TIEMPO

Jana Arranz Matínez

En un pequeño pueblo de Málaga, cerca de la costa, una chica llamada Julia encontró en el desván de su casa un diario que pertenecía a la abuela de su madre, donde había escrito todas las cosas que hubiese gustado hacer a lo largo de su vida, pero no pudo por la época que le tocó vivir. Julia decidió leerlo y se emocionó viendo todo lo que se perdió su tatarabuela. Así que intentó hacer algunas de esas cosas como estudiar y trabajar de lo que quisiera, pintarse las uñas, vestir como le diera la gana, hablar con libertad las cosas que no le parecían justas, salir con sus amigas...

Julia estudió magisterio y ejerció la profesión que siempre había soñado. Ganaba un buen sueldo y, aunque nunca se pintaba las uñas, empezó a hacerlo de colores llamativos en honor a su tatarabuela. Salía a la calle con sus amigas bastante a menudo y se ponía la ropa que quería.

Después de hacer todo esto, Julia escribió una carta contándole a su tatarabuela todo lo que había hecho por ella después de haber descubierto y leído su diario. Fue al cementerio a leerle la carta que había escrito y se la dejó allí, junto con unas flores amarillas. Mientras se alejaba del cementerio, Julia sintió que, de alguna manera, su tatarabuela por fin había cumplido sus sueños a través ella y entendió que los derechos y libertades de las que disfrutaba hoy en día era gracias al esfuerzo de muchas mujeres del pasado.

## AROMA DE RECUERDOS

Rut Martínez Sotodosos

Estoy sentada en una cafetería, pensativa, refugiándome de la lluvia y mirando cómo resbalan las gotas en la ventana. Una cafetería en la que nunca había estado y ni siquiera había visto a pesar que hace años que vivo al lado. Un sitio acogedor de los de antes, con sillas y mesas de madera desgastadas por el uso, ventanas pequeñas con cristales blanquecinos y un señor mayor sirviendo cafés y pan frito en la barra.

Pan frito, ese olor es el que me ha llevado allí, ese aroma que se ha impregnado en mí y me ha llevado a una época casi olvidada, a una infancia en la que levantarte por las mañanas era sinónimo de esa fragancia mezclada con el olor a café recién hecho y el jaleo de voces y risas infantiles de mis hermanos antes de desayunar.

Esa esencia es la que me ha hecho recordar a aquella niña inocente, de pelo oscuro recogido con diadema roja, con leotardos azules cosidos por las rodillas y ropa usada por sus hermanos, y ese aparato en los dientes de quita y pon que tanto odiaba.

Una infancia en la que, con una cuerda, un balón o una piedra podía disfrutar todo el día sin aburrirme; una época en la que si se caía un diente te alegrabas, si arrugabas la cara no te quedaban marcas y si tenías el pelo blanco por el polvo de las tizas de la pizarra te provocaba risa.

Al igual que el olor a pan frito me ha llevado a evocar aquella etapa de mi vida tan dichosa, me hubiera gustado que transportase a esa niña a casi medio siglo después para que viese en la mujer que se ha convertido y comprobase que muchas de las cosas que se propone se pueden conseguir.

## ESTOS SON OTROS TIEMPOS

Santos Cantero Carrasco

Cincuenta años, un marido muerto, un hijo ausente, un pueblo que hoy me compadece y mañana me despellejará, si no soy la perfecta viuda, más me valdría que me hubiesen enterrado con él, como en algunas de esas bárbaras religiones.

Tras el entierro, la propuesta de doña Asun, esposa del terrateniente para el que trabajó mi Juan toda su vida. - No puedes quedarte aquí, vienes a Madrid con nosotros, serás de la familia, no te faltara de nada, me hacharas una mano con los chicos. - Señorita ahora no puedo pensar, déjeme reposar mi pena. Todos los domingos aparecía para ir juntas a misa y recordarme lo bien mirada que estaría en la familia. Olvidó decirme, que necesitaba una sirvienta sin pagarla; dieciséis horas diarias, quince años sin seguro ni vacaciones, comiendo sola e ignorada en la cocina, después de recoger la mesa, eso sí, siempre fueron muy correctos, de usted, por favor, de dinero solo les faltó pedirme algo, Ana por aquí, Ana por allí, Ana, por favor, pláncheme esta camisa, un bocadillo, una tortilla, los zapatos... todo perfecto y al momento. Me llevaban de picnic para espantar las hormigas, de barbacoa para encender la parrilla, siempre detrás de los señores, menos los domingos para ir a misa que iba del brazo de la señora.

Mi amiga Petra, me escuchó y ayudó estos años en Madrid, esperaba en el intercambiador el día de mi jubilación. - No te irás de Madrid con las manos vacías, tengo detallados y con testigos todos los días que no han cotizado por ti. Bastó una llamada para que me citasen a una conciliación, ahora tengo mi pensión y un piso en usufructo donde vivimos Petra, yo y una asistente peruana, eso sí, dada de alta. ¡Que estos son otros tiempos!

## MATANDO MAÑANAS DE HORAS MUERTAS Y ETERNAS

—Mané—

Juan Carlos Pérez López

Doña Eduviges nunca remoloneó en la cama; ni siquiera lo hace ahora, que se mira al espejo y es raro el día en que no descubre una arruga que aflora en el rostro como una mala hierba en medio de un trival, o un nuevo mechón de cabello que parece estar escarchándose. Pero lejos de disgustarse, ella sonríe ante el hallazgo. “¿Y lo que me he ahorrado en cirujanos plásticos y en tintes...?” Piensa.

Camina hacia la cocina para prepararse un café solo bien cargado, a ver si así se anima, que hoy tiene el ánimo emborronado. Sin embargo, ella no es mujer de amilanarse; jamás lo fue, ni cuando su padre le dijo que lo que tenía que hacer era en casarse, ni cuando se matriculó en la universidad, y tuvo que soportar insultos y burlas de sus compañeros, amén del desdén de algunos profesores, simplemente por ser mujer.

Ya delante del espejo de la peinadora, vuelve a sonreír. “Ni con coloretos, ni con pintalabios dejo de ser un adefesio.” Luego se vestirá, se colocará unos calcetines tobilleros, blancos y calados, y se calzará sus zapatos de medio tacón de charol negro, relucientes como caparazones de escarabajos. Se colgará el bolso del brazo, y como cada mañana desde que se jubiló, caminará hacia la escuela.

Doña Eduviges espera paciente a que sus alumnas lleguen. Porque no todas son madrugadoras, ni tan puntuales como ella, que parece que de pequeña se tragó un reloj suizo. Pero todas acuden sin falta al aula matinal. Doña Eduviges les enseña a escribir, a leer, las cuatro reglas, y les habla de historia, y se intercambian recetas, e incluso cotillean. Y así matan sus mañanas de horas muertas y eternas en el pequeño pueblo de montaña...

## SOY LIBRE POR SOÑAR

Claudia Esperanza López Redondo

Julia bajó el volumen de la televisión y se centró en terminar su trabajo. Otra vez se hablaba de un robo en un sitio o de una pelea en otro. ¿Qué más le daba a ella que hubiera ocurrido si, como siempre, la policía llegaría, intervendría y habría consecuencias?

Esta vez no.

En su lugar apareció otra noticia: un tirano había tomado el control del Estado y eliminado varias leyes. Los ladrones salían del banco sin esposas y un agresor era aplaudido por los espectadores, que en vez de pedir ayuda alentaban la pelea y apostaban por el ganador. Por mucho que esperaba la intervención policial, esta no llegaba.

Con rabia, Julia empezó a cuestionar si principios que creía naturales tenían valor en un mundo donde la legitimidad de una acción dependía del poder de quien la cometía. ¿Qué podía hacer ella para detener tal injusticia siendo solo un peón? Quería actuar, pero no sabía cómo. Siempre había aprendido que algo así no podía ocurrir porque existían controles, pero ahora entendía que todo control puede fallar.

Harta, apagó la televisión esperando que el silencio devolviera el orden al mundo. Sin embargo, no arregló nada, así que salió a la calle. Al abrir la puerta se encontró con voces que ya no esperaban ser salvadas. Los gritos de reforma se transformaron en la voz de su padre, que aun con la marca del archivador en su cara la despertaba, recordándole que llegaría tarde a clase si no espabilaba.

Julia apagó la televisión encendida desde la noche anterior, tomó su trabajo sobre el origen del movimiento feminista y lo metió en su mochila, comprendiendo que su sueño era una mezcla de lo vivido el día anterior. Sueño o no, entendió la importancia de defender los derechos humanos y saber por qué se lucha por ellos.

## 8 MARZO, UN DÍA QUE SE REPITE

Sara Martínez Sotodosos

En un lugar desconocido, una mujer llamada Ainara descubre que le pasa algo extraño todos los días. Al principio no le dio importancia, pero un día se hartó y decidió averiguar qué es lo que era.

En el trabajo, se dio cuenta que día tras día siempre era la misma fecha. ¡Ahora lo entendía todo! Estaba atrapada en el tiempo.

Era 8 de marzo, le parecía un día normal, pero no lo era. Se puso a investigar y descubrió que era el Día Internacional de la Mujer. ¿Por qué ese día?, ¿por qué no Navidad?, ¿por qué no Halloween? Eso lo iba a descubrir unos instantes después.

No sabía que las mujeres antiguamente casi no tenían derechos, porque había nacido en el siglo XXI. Pero, cuando se enteró de esto, entendió que todavía hay mujeres sin derechos en algunos lugares.

Un día se dio cuenta de que a una niña le hacían bullying en el colegio, que una mujer no podía trabajar en lo que quería por ser mujer y que en un país lejano las mujeres no podían elegir nada. Como es razonable, esto le pareció fatal.

Se paró a pensar en cómo debería ayudar a estas mujeres... ¡Tenía una idea! Creó una campaña en la que se podía donar dinero, participar y ayudar a Ainara a detener este sufrimiento. Empezó yendo al colegio en el que estaba aquella niña, explicó que eso no estaba bien y que deberían pensar en cómo se sienten las personas que no son aceptadas por sus compañeros.

Después, al ver que esto funcionaba y que la gente le apoyaba, se puso muy contenta. Ese mismo día, cuando se fue a dormir, soñó con su campaña.

Al día siguiente era 9 de marzo.

## EL RELOJ DE LA CORREA MORADA

Álvaro Corral Gómez

Mientras recogía las cosas de su abuela Carmen, Marta encontró un reloj detenido en una hora concreta. Entonces recordó haber escuchado que sólo avanzaba cuando sucedía algo importante, lo cual la inquietó.

Marta comenzó a examinarlo y descubrió que en el reverso había una fecha inscrita. Para descifrarla, decidió buscar en un viejo álbum de fotos, donde encontró una imagen en la que Carmen salía votando acompañada de una nota: “El primer voto. 19 de noviembre de 1933”. Sabía que su abuela había vivido muchos cambios, pero nunca la había oído hablar de aquel momento. Entonces el reloj vibró y las manecillas se movieron, lo cual dejó a Marta totalmente anonadada.

Seguía dándole vueltas a la incógnita, cuando su teléfono empezó a sonar, era su jefe. Le ofreció un nuevo puesto en el trabajo, que hasta entonces solo habían ocupado hombres. Aunque se sentía capaz de aceptarlo, le echaba para atrás el estereotipo masculino que tenía hasta ahora. Pidió tiempo para pensárselo y siguió ordenando unos papeles cuando encontró una carta para ella.

En la misma, Carmen le contaba a su nieta lo difícil que era ser mujer en su época, pero, con menos derechos y oportunidades, pudo sacar adelante a una familia de ocho hijos y darles la mejor educación posible.

La carta terminaba con estas palabras: “Sé valiente, tú que puedes, por ti, por mí y por todas esas mujeres que no pudimos luchar por nuestros sueños. Las manecillas de este reloj solo avanzarán cuando avancen las mujeres en la sociedad, porque cada avance suyo será también un avance nuestro”.

Con lágrimas de emoción en su rostro, Marta llamó a su jefe, aceptando la propuesta. Siguiendo el ejemplo de su abuela, decidió ser valiente y apostar por su futuro y felicidad.

## CALENDARIO

Juan Carlos Sañudo Lapeña

Enero, las fiestas terminaron, a mi vecina ya le ha propiciado su marido una paliza. El reloj marca las tres, el telediario sentencia ya cuatro víctimas. En una de ellas, la pulsera telemática no llegó a funcionar.

Febrero, frío y ventoso, la dependienta de origen chino celebra el año nuevo en el negocio que regenta, afuera se escuchan voces queriendo boicotear sus productos por el origen de la joven emprendedora.

Marzo comienza. Una actriz fallece de una larga enfermedad, mientras intentaba recuperarse de la terrible depresión por haber sido violada en el rodaje para una escena fuera “más realista”.

Abril se abre con una compañera afectada por dismenorrea y un jefe que no ve esta patología como algo importante, pidiéndole de manera ilegal que debe quedarse en su puesto de trabajo. Esta asiente con la cabeza mientras el logo de la empresa sigue bañado de Purplewashing.

Mayo. Mes de las flores. Cumpleaños de una amiga a la que a su madre despidieron de manera impropia por pedir la baja por maternidad. De eso hace ya más de veinte años, pero sigue siendo “un motivo”.

Junio, julio y agosto llegan calurosos. El teléfono arde en una sinergia de comentarios hostiles y sexistas y la promulgación en redes sociales de una belleza imposible. La anorexia y la bulimia se hacen presentes en el “ballet” de la dismorfia.

Septiembre y octubre abren los cursos. Una madre comenta que la amiga de su hija es un marimacho por jugar al fútbol y estudiar matemáticas, según ella son “cosas de hombres”.

Noviembre recuerda a las que sufrieron, pero siguen doliendo.

Diciembre. Mes de reuniones. Cada vez de menos preguntas incómodas. El paso del año genera un respiro de alegría, pero todo vuelve, todo retorna a un nuevo enero donde quizás siga ocurriendo lo mismo.

## LO QUE ESCONDE UN SIMPLE BANCO

Francisco Javier Abajo Alonso

Todas las mañanas cruzo un parque de camino al colegio. A esa hora, casi siempre, hay una señora que se sienta en el mismo banco. Va con un bolso grande y, nada más tomar asiento, saca unas agujas de punto y un ovillo de lana. No tiene pinta de tener prisa. Empieza a tejer con mucha calma, algo que contrasta con el movimiento que hay a su alrededor.

Desde ese banco se ve pasar a mucha gente, muchas mujeres. Madres que acompañan a sus hijos. Mujeres que van al trabajo, algunas muy elegantes, otras con gesto serio de que llegan tarde. Caminan sin detenerse, concentradas en sus cosas.

También pasan muchas abuelas. Algunas se sientan unos minutos, charlan un poco, descansan y se van. Otras, simplemente, se ponen a tejer. Mientras tanto, la señora del banco sigue haciendo punto. Sus manos no se detienen. Puntada tras puntada, como si llevara toda la vida haciéndolo.

Pensaba que se aburría en su casa y por eso bajaba al parque. Hasta que, por fin, entendí que no era solo eso, sino que, mientras teje, también está observando el parque. Nadie la mira y, sin embargo, el parque se queda vacío cuando ella no está.

Yo continúo caminando con la cabeza en mis cosas. Ella sigue día tras día en el mismo banco, moviendo las agujas con paciencia. Así entendí que muchas cosas importantes se construyen de esta manera, despacio y en silencio. Al igual que el punto va creciendo y forma, poco a poco, ese tapete para la mesa.

Y, aunque ella no lo sabe, me hizo reflexionar sobre algo importante: que la igualdad en el mundo, al igual que su labor, no se consigue en un día, que la igualdad real está en el respeto, en reconocer el valor de cada uno, de cada mujer, en el servir a los demás y en el amor al prójimo. Y esto se construye todos los días del año, puntada a puntada, como la labor de la señora.

## **VALORES**

María Porras Alcón

Suspiré. Bueno, supongo que es esto a lo que se referían con "vida adulta". Venga tú puedes, respira hondo y recuerda lo aprendido.

Con lágrimas en los ojos dije: "Lo siento", mientras le ofrecía mi mano a mi amigo, que también con lágrimas en los ojos, estaba tirado en el suelo.

En la ventana del colegio, mi madre, reflejada, me guiñaba un ojo.

## YA NO ME GUSTABA TRABAJAR AHÍ

Abel Yañez Campos

Ya no me gustaba trabajar ahí. A nadie le importaba realmente quién era yo, solo querían alguien que lo hiciese. Era un trabajo rutinario, seguíamos siempre los mismos pasos. Mientras yo esperaba fuera de escena, un hombre con traje y corbata anunciaba mi entrada con cuatro palabras y un breve gesto mientras encuadraba papeles con una sonrisa con aires de grandeza.

Cuando llegaba el momento, siempre salía yo de un costado de la sala dejándole ver al público mis tacones de aguja que resaltaban mi femenino caminar, mis medias negras que transparentaban la suave piel de mis delgadas y esculpidas piernas, mi incómoda y apretada minifalda casi al ras de mis caderas que despertaba la esperanza de muchos de que algo se me viera en algún descuidado gesto, las curvas de mis caderas provocadas por un asfixiante corsé, mis finas manos con la manicura siempre hecha ya que tenían cierto protagonismo, mi ajustada camiseta escotada que conducía a todas las miradas curiosas a la línea que se formaba entre mis pechos, mi maquillaje "natural" que eliminaba todo tipo de imperfección en mi delicado rostro y la peluca que tuve que empezar a usar porque el calor de los focos quemó mi lacio y nutrido pelo y no era del agrado del exigente director.

Me incomodaban las cámaras, aunque lo hacía mucho más pensar en la cantidad de gente que me estaría viendo detrás de ellas. Pero no trabajaba ahí "por necesidad" como muchos piensan. Me costó llegar ahí, era mi sueño. Solo que nunca pensé que sería necesario todo esto para dar el tiempo en el telediario.

## **LAS MUJERES QUE SE QUIEREN**

M.<sup>a</sup> Soledad López Ibáñez

Las mujeres que se quieren, no se mueren por príncipes azules que destiñen en la primera dificultad. Ni pierden la cabeza por bellas palabras si no van acompañadas de bellas acciones. No dependen de nadie para ser felices, si se avecina tormenta se atreven a bailar bajo la lluvia y si hace falta, ellas solitas soplan en el cielo si las nubes se ponen grises para que brille el sol.

Las mujeres que se quieren, no se quedan donde no quieren o donde no se las valora. No se mantienen de migajas pues saben lo que se merecen y se respetan lo suficiente. Para ellas en esta vida no se gana o se pierde, para ellas o se gana o se aprende, porque son capaces de quedarse con lo bueno que cada persona que ha pasado por su vida les ha aportado.

Creen en el amor, aunque tarden en confiar en las personas, pueden llorar toda una noche y colocarse la mejor de su sonrisa al amanecer un nuevo el día y sin ningún rencor son capaces de mirar al pasado sin dolor y aprender de él, sin que eso impida vivir el presente y soñar con el futuro. Las mujeres que se quieren saben que son semillas que volverán a florecer, pero solo en los brazos adecuados. Se sienten completas sin estar en pareja y si deciden compartir su vida con alguien será por amor, no por necesidad o soledad. Aprendieron que se merecen serlo todo, que con la ilusión no se juega, que querer es sencillo, que el amor no duele.

Tienen pocas amistades y tampoco les importa, prefieren pocos y de verdad. No les interesa la hipocresía y la falsedad que rodea a mucha gente y no les preocupa perder a quien no se siente afortunado de tenerlas. Tienen claro que el amor propio arregla lo que otros rompen y hace cicatrizar las heridas. Son capaces de alegrarse si ven feliz a la persona que aman, aunque sepan que ellas no son el motivo de su sonrisa.

Están llenas de heridas, de tristes despedidas, pero da igual, no saben lo que es darse por vencidas. Conocen sus debilidades y luchan por superar sus miedos igual que han superado otras cosas. Las mujeres que se quieren sueñan sin estar dormidas... y no se pierden por nada ni nadie, este hermoso milagro que llamamos vida. Ser feliz es una decisión y para decidir siempre estamos a tiempo.

## EL CUMPLEAÑOS DE PAULA

Esther Bengoechea Gutiérrez

Sonríe de oreja a oreja. En sus manos, la Barbie mamá. Los demás paquetes son complementos para hacer más perfecto su regalo. Un bebé, un carrito, un delantal y distintos útiles de cocina. Hasta una aspiradora. Paula no puede estar más feliz, entre globos y una tarta gigante de chocolate de cumpleaños.

Ese mismo día, cuando los abuelos y los tíos se van, comienza a jugar con su muñeca en su habitación, recreando un día cualquiera en la vida de su Barbie. Coloca todos los accesorios y decide cambiar de ropa a la muñeca. Le quita el vestido elegante porque el chándal es más cómodo para las tareas de casa. La aspiradora es lo que más le gusta, así que limpia la alfombra una y otra vez con la muñeca. Pero algo no cuadra, no consigue que parezca real. Corre a la habitación de su madre. Revuelve cajones y estanterías hasta que encuentra lo que busca. Después, aprovecha que su padre está tumbado en el sofá para entrar en su despacho. Ya lo tiene todo. En silencio y concentrada, se afana en retocarla a su gusto. Una vez terminado el trabajo, asiente satisfecha. Así sí.

Una hora después, entra su madre en su cuarto para acostarla y la encuentra dormida en el suelo. Yace con la Barbie, pero algo ha cambiado. Al acercarse, se percata de que le ha cortado el pelo. Ahora lo tiene por debajo de la oreja, como ella. Y no solo eso. Ha borrado el carmín de sus labios y todo el maquillaje para añadir un sutil tono morado. Pero solo en un ojo. Además, ha puesto a la muñeca las gafas de leer, que ha oscurecido meticulosamente con un rotulador negro permanente.

Se lleva las manos a la boca y ahoga un chillido.

## DESPUÉS DEL SILENCIO

Noelia Torres Moreno

Su vida estaba condicionada desde el momento en el que su género quedó definido. Comprenderá que llorar está mal, una señal de debilidad; cuando escucha a los protectores llamar “nenaza” a su opuesto por ello.

Aprenderá a ser valorada con la cara pintada y una sonrisa en la cara, sin importar cuanta sangre derrama su herida. En contadas ocasiones descubrirá que su opinión no interesa, y aprenderá a callar.

Con relatos de su infancia, estudiará lo que es el “amor” y entenderá que su vida sin un hombre no estaba completa; aceptará manipulaciones, vejaciones y humillaciones. El amor duele, y si es verdadero, debe luchar por mantenerlo; o eso aprendió.

Sufrirá una agresión, (porque viene intrínseco en ser mujer), por algún extraño, pero no habrá nada que pueda hacer. Solo una idea clara: “no tengo control sobre mi cuerpo”.

Tocó fondo, pero el dolor y desesperación fueron suficientes para abrir su mente, salir de la caverna de platón y comenzar a construir su vida. No tenía que callar para complacer a nadie, no tenía que maquillarse para sentirse validada, no debía tener hijos si así lo decidía, no tenía que soportar humillaciones para sentirse querida, no tenía que aguantar su llanto, no tenía que comprimir sus emociones ni sentimientos.

Por las que empezaron, por las que seguimos, por las que no pueden y por las que seguirán reivindicando, hablando, insistiendo, sobreviviendo, luchando por un género históricamente subordinado a otro.

Ya era libre, y fue como si de pronto la vida comenzara después del silencio. Más bonita, pero no menos amarga. No dejaba de sonreír, una sonrisa de verdad, natural, sin importar las líneas de expresión que pintan su piel, porque esa era la futura señal en su vejez de toda una vida de felicidad.